

agravado tanto que no hubiera sido dable llevarle siquiera hasta la distancia de cuatro pasos fuera de la fortaleza.

»Antes de salir de Roma, Pio VI entregó su testamento á su confesor el P. Fantini. Llevado á Valencia, ocupóse tan solo en mantener viva su fé, en hacer esfuerzos para resignarse y en ejercicios piadosos prácticos, de modo que cada día que trascurrea se hallaba mas preparado para pasar á la otra vida. Recitaba con fervor las letanías de la Virgen Maria, cuya imágen besaba. así como las de algunos santos de su particular devocion.

»Todas las tardes rezaba el rosario con las personas de su comitiva, y no contento con emplear el poco tiempo que le quedaba despues de sus ocupaciones en fervientes preces, por la noche recitaba salmos aplicables á su situacion. El comisionado no olvidaba que habia de trasladarle á Dijon, y cuando se iba á verificarlo, la parálisis le invadió los intestinos, dejándole sin esperanza de vida.

»El 13 de Agosto, temerosos los jefes de las tropas de que estallara una revuelta, suplicaron al Papa que se manifestase al pueblo, y el Papa con mas buena voluntad que fuerzas, se hizo conducir en brazos al balcon de su cuarto, cubierto de las vestiduras pontificias, y apareciendo al pueblo, le dijo con voz clara: *Ecce homo*, y le dió su bendicion por la vez postrera.

»A las cinco de la tarde del 19 de Agosto se apoderó del enfermo un continuo vómito, de modo que ni siquiera tuvo fuerzas para servirse de la campanilla que tenia al lado de su cama. Acudieron sus criados y le hallaron sin conocimiento. Al recobrarlo, preguntó por su confesor, y se dispuso á recibir el sagrado Viático, queriendo que le levantasen y que le colocaran en su silla.

»En presencia de todos los sacerdotes que se hallaban en su compañía, hizo la profesion de fé católica romana que acostumbra pronunciar los Sumos Pontífices al acercarse su última hora. Monseñor Caracciolo la recitaba y el Papa le seguia, y se afirmaba en ella poniendo una mano sobre su corazon y la otra sobre los Evangelios.

»Antes de recibir el sagrado Viático, suplicó á Dios *que restituyese á Roma la cátedra de San Pedro, y á la Francia la religion, la prosperidad y la paz*. Al acercársele monseñor Spina para darle

la comunión, preguntóle si perdonaba á sus enemigos. El Sumo Pontífice alzó los ojos al cielo, contempló el crucifijo que tenia en la mano, y respondió: *«De todo nuestro corazon.»* En efecto, los perdonó siempre, los bendijo al entrar en el territorio francés, y los perdonaba de nuevo al salir de este mundo para ir á una mansion en que no turbarian su reposo las pasadas amarguras.

»En la mañana del 28, recibió la Extremauncion. Despues de haber dispuesto su alma para la muerte, otorgó un codicilo, para demostrar su gratitud á los compañeros de su cautiverio, y á sus fieles criados, confirmó su testamento, cuya ejecucion encomendó á monseñor Spina, y alargando la mano á los circunstantes, se la estrechó á todos sin proferir palabra.

»Despues de haber pagado el Padre Santo, en cuanto lo permitia su estado de prisionero, la deuda de gratitud á sus buenos servidores, ofreció nuevamente á Dios, el sacrificio de su vida, y demostró en sus tiernas oraciones jaculatorias, sus deseos de reunirse con el Criador. A cada instante, repetia los versículos de los salmos propios para sostener la esperanza y la fé.

»Al amanecer el día 27, bendijo gran número de rosarios, de crucifijos y de imágenes sagradas, que de todas partes le habian enviado.

»El día 28, hácia el mediodia, su enfermedad tomó un caracter alarmante, pues le sobrecogieron espasmos y convulsiones. Quiso ver otra vez á los compañeros de sus sufrimientos y de sus peligros; llamólos todos á su lado; y los abrazó uno tras otro, del modo mejor que pudo. Todos se postraron llorando, y el Papa les dió su bendicion con toda la efusion de su alma. Preciso es aquí repetir los nombres de los compañeros del Papa. Eran el camarlengo monseñor Caracciolo, que salió con él de Roma; monseñor Spina, declarado por Su Santidad, arzobispo de Corinto, en la Cartuja de Florencia, y consagrado ante él; Marotti, secretario nombrado en el momento de ser expulsado Su Santidad; el P. Jerónimo Fantini, de la Orden de la Merced, antiguo confesor del Papa, y el P. Juan Pedro de Plasencia, menor reformado y su capellan despues de su salida de Roma, ambos secularizados durante el viaje, y finalmente, el abad Baldassari, secretario de monseñor Caracciolo.

»El Papa entró luego en la agonía, y recibió la bendición pontificia, que se acostumbra dar en el artículo de la muerte, falleciendo á la una y media de la noche del 28 al 29 de Agosto, día de San Agustín, á la edad de ochenta y un años, ocho meses y dos días, despues de un pontificado (el mas largo de todos, excepto el de San Pedro), de veinte y cuatro años, seis meses y catorce días.

»Pio VI, era admirable por sus virtudes, y un príncipe generoso y magnánimo, digno de mejor suerte.»



LIBRO X

EL SIGLO DE NAPOLEON.
